

minos: «La fuerza de la China consiste en el inmenso número de sus soldados, en la fácil movilización de las tropas, la ligereza del equipo y las pocas necesidades. Es sabido que un enjambre de soldados armados con dardos y espadas puede derrotar una tropa mucho más numerosa de soldados regulares, si el terreno es difícil. ¡Cuánto más se podrá conseguir si las tropas ligeras tienen retaguardias que las amparen! La China no debería nunca entrar en batalla ordenada; su fuerza está en los rápidos movimientos, en los ataques nocturnos y en molestar continuamente al enemigo. Los chinos nunca deberían atacar posiciones fortificadas, sino sitiarse por hambre y molestar de día y noche al enemigo.» Pero dice el mismo Gordon que la China no puede tener ejército, porque si los generales alistan 5.000 hombres, cobran el sueldo de éstos, pero no tienen más que 2.000. Estos generales deberían ser decapitados. A pesar de todo, tampoco Gordon considera a los chinos como buenos soldados, pero les reconoce cualidades, como su facilidad en aprovechar la instrucción y su templanza, que los europeos no deberían despreciar.

CAPITULO VIII

FORMAS DE LAS CREENCIAS Y SISTEMAS RELIGIOSOS DEL ASIA.

Base común de las creencias asiáticas. — Respeto a los antepasados. — Culto del sol, de las estrellas y del fuego. — El oso entre los pueblos de Amur. — Hierro y herreros. — Ejemplos de cosmogonía asiática. — Religión de los antiguos arios. — Brahmanismo. — Culto de la luz y del fuego entre los iraníes. — Doctrina de Zoroastro. — Budhismo. — Ideas populares. — Los templos y los monasterios. — Lhasa. — Estado sacerdotal. — Su decadencia en el camanismo. — El budhismo de los varios pueblos asiáticos del Este y del interior. — Política de la China en Lhasa.

Todos los pueblos asiáticos participan de las ideas religiosas fundamentales de la humanidad en general. En Asia, como en cualquier otra parte de la tierra, no hay pueblo sin religión. Las religiones que cuentan con más prosélitos, el Brahmanismo y el Budhismo, están basadas en ideas muy generalizadas, que son análogas en entrambas, y aun cuando debiesen perecer, su base no perecería nunca. De cada una de las varias creencias aisladas de Asia se puede decir lo que se dijo de los *Toda*: «De lo que se puede inferir, la religión de los *Toda* consiste en supersticiones y usos extraños; pero acaso no nos sea dable penetrar su verdadero sentido.» Schiefner cree reconocer influencia irania en el antiguo nombre *Kjurmärs*, que supone sea el mismo Ormuz. Erik, cuando se presenta en forma de serpiente y aconseja al hombre comer la fruta del árbol de las siete ramas, es posible que proceda del islamismo de los kirguises. Kämpfer encontró en el budhismo de Ayutia tantos recuerdos del antiguo culto egipcio, que consideró a Budha como un fugitivo de la servidumbre sacerdotal de Egipto. Hay dos posibilidades que deben ser tenidas en cuenta: dos cultos análogos surgieron de una misma base, y lo que consideramos como desarrollo, es acaso el germen del cual salió lo que ahora nos parece reconocer.

En todos los cultos del Asia resalta el respeto a los antepasados. El trato con los antepasados difuntos fortalecido por los sacrificios y ofrendas de cosas puras en lo posible, como por ejemplo la miel, robustece la fe y es el alma del sistema religioso en las razas montañosas indias y se abre paso en la China entre el budhismo y la cultura filosófica; en el Japón se reconoce como base de la antigua religión del Estado, en todos los pueblos del Asia interior forma la base del camanismo, cuyos sectarios pretenden

evocar las almas de los antepasados por medio de los redobles del tambor, del canto y del baile, y dejando el cuerpo en el santuario, llevar a aquellas almas al mundo de la luz ó al sombrío imperio de Erlik. En todas las formas del culto del Asia interior está profundamente arraigada en la familia y en la sociedad la veneración a los antepasados, considerándose como una desgracia no tener hijos que puedan ofrecer sacrificios y plegarias por sus padres. Uno de los mayores sinsabores del emperador de Anam, Tuduk, era el tener que morir sin hijos. Por esto es tan general la adopción. Las 18 tablas de oro de los antepasados, que en el palacio de Hue se conservan en la sala de los mayores, recuerdan que esta veneración existe también en el terreno político é impone el culto de las almas de los grandes soberanos como obligación a todo el pueblo. Esto explica por qué algunos creen que en semejante culto se refunde toda la religión de dichos pueblos.

Donde la religión no comprende la creencia en los antepasados, aproxíase a la idolatría, pues tributa a las imágenes la veneración y les ofrece los sacrificios que estaban destinados a los dioses.

Los pulayas de Travankor reconocen la existencia de un Ser supremo, pero se figuran estar en una condición demasiado baja para poder acercarse a él. La tosca imagen de un antepasado, venerada en casa ó en el nicho de un altar de piedra en el bosque, ó colgando de un árbol, es lo que se llama fetiche ó ídolo. Llévanse también a manera de amuletos las imágenes de las almas de los antepasados, que son figuritas de metal. Los khas de la India posterior conservan las cenizas de sus difuntos en cestos elegantes, colocados sobre el altar de la familia. Harmand encontró en un altar de los *gnia heun* una colección de utensilios en miniatura: un saquito, una ballesta, un carcaj lleno de flechas, un mortero del tamaño de un dedal, una piragua con remos, una maza y un cestito; además un huevo de gallina y un penacho de plumas en la parte superior. Es probable que ofreciendo esos diminutos objetos pretendan atraerse la bendición de los antepasados sobre las ocupaciones a que se refieren. Los tres intercesores invocados por los cafires del Himalaya occidental y honrados bajo la forma de dos piedras sin labrar y una tosca figura humana de madera con ojos de plata, parecen ser imágenes de los antecesores. No se les adora, pero se les tiñe con la sangre de las cabras sacrificadas.

A todas partes se agregan al culto de los antepasados prácticas que rayan en el canibalismo. Muy extendida está la de venerar las calaveras. Entre los primitivos pueblos de India encuéntrase junto al culto de los antepasados el de los productos naturales y de las fuerzas de la naturaleza. Los bhiles hacen libaciones ante árboles sagrados y riegan con sangre pequeños montones de tierra y piedras que colocan al borde de los senderos. Algunos pueblos indios de remoto abolengo honran con cierto culto a las serpientes. Los jates veneran a la luna como diosa suprema, pero también adoran ídolos en forma humana con cabezas de águila ó de toro. No es cierto que los gondes ofrezcan sacrificios a las viruelas, al cólera, a la calentura y al tigre; los representan tan sólo en forma de piedras colocadas en círculo al pie de un árbol corpulento; una piedra lisa en el centro representa el altar. Parece que antes sacrificaban allí gallos, machos cabríos y bueyes; pero ahora se contentan con teñir las piedras de sangre. Créese que los varalis prestan culto al tigre, pero de vez en cuando derraman flores sobre las tumbas de sus antepasados y ponen sobre ellas luces encendidas.

En varias partes se advierten vestigios del culto del sol.

Los kirguises llevaban a la recién casada, al día siguiente de la boda, al sitio en que más diera el sol, para que, cubierta con una manta y profundamente inclinada, le saludara.

Las mujeres de Mogolia no venden leche cuando el día está nublado. En relación con esta idea supersticiosa está la creencia de que el fuego ahuyenta los malos espíritus. Las comadronas que asisten a una mujer kirguís no permiten que el cuarto esté a oscuras y cuidan mucho de que el fuego no se apague en el hogar, pues de lo contrario se aparece el diablo y sucede una desgracia. Antes de entrar en el yurté que le está destinado, la novia kirguís se inclina ante el fuego y arroja en él, a manera de sacrificio, un pedazo de carne, manteca de vaca y aguardiente. El aino llama el sol su primera divinidad, siendo la segunda el fuego. Esto recuerda la veneración que los tunguses tienen al fuego, del cual sacan tizones ardiendo y profetizan el porvenir. En otras tradiciones el fuego tiene el carácter mitológico de la fábula de Prometeo. Un autor polaco refiere que se venera la cumbre de un peñasco como yunque del colosal herrero, que Genjis-khan tenía a su servicio. Sentábase el gigantesco herrero en el suelo, al pie de ese yunque, y forjaba poderosas armas para el gran conquistador y enormes herraduras para su caballo.

Entre los pueblos del Amur inferior, en Sakhalien, Yeso y Kamtschatka veneran dioses en forma de animales. Se adora al dios Oso de los giliakos, que vive en verano como oso y en invierno como giliako; y este culto lo profesan también los ainos, los cuales matan un oso joven amamantado por una mujer, cuando celebran su fiesta principal acompañando el sacrificio con un discurso laudatorio, lleno de contradicciones; luego tributan culto al cráneo de la víctima. Hoy día aun en la lengua de los ainos ciertos animales llevan el nombre de *kamoi*, es decir divinidad; el lobo se llama el dios aullador, el mochuelo pájaro divino, una serpiente negra el cuerpo divino, etc. El culto del lobo duraba todavía hace pocos años. Spanberg refiere acerca de los primeros ainos que vió, que cuando veían un gallo vivo sobre el puente se arrodillaban al punto. Lo mismo hacían en presencia de los regalos que se les daban, juntando las manos é inclinando profundamente la cabeza. El cráneo de un oso, colocado sobre un palo elevado, en medio de las aldeas ainas, así como la extraordinaria importancia que atribuían los arios y sus descendientes indios al sacrificio de un caballo y en general a los sacrificios de animales, de manera que cuando la decadencia del brahmanismo surgió la idea supersticiosa de que el sacrificio de un caballo redime todos los pecados y domina el mundo entero, son reflejos del culto de los animales. En nuestros días, en la Persia, la cuadra es el asilo más seguro para el mayor delincuente. Este culto se manifiesta en el toro Indra y en el león Vichnú. Todavía se ven indostanos, herma de los lugares sagrados, muy solícitos en alimentar las hormigas que pasan por el camino. En Asia y hasta en Europa se notan huellas del culto tributado a los cráneos de los animales. Muy sorprendente es la veneración que tienen los todas de India a los búfalos y las plegarias que dirigen al esquilón que cuelga del cuello del búfalo más hermoso. Cualquiera que sea el origen del culto de los animales en Egipto nunca desaparece, y está muy por encima del que tributan los negros a las serpientes y a las hienas. La clase sacerdotal consideraba a esos animales como símbolos de la divinidad espiritual, pero la misma fe degeneró en panteísmo, que comprendía a toda la naturaleza.

A las fuerzas de la naturaleza y sus productos, que son objetos de culto, pertenecían los árboles y los bosques. Había bosques sagrados en la India como en Irlanda; ár-

boles divinos para los turcos lo mismo que para los germanos. En el Oriente de Europa, el culto de los árboles y de los bosques, profesado también por los mogoles, ha ejercido también saludable influencia. Gracias a la superstición de los kalmucos montañeses, que no se atreven a cortar leña verde, limitándose a sacar del bosque la seca, los bosques en el Charych superior estaban todavía, hace cien años, tan bien conservados como si estuvieran al cuidado de guardabosques.

Entre las supersticiones notables es muy general el temor de que un eclipse se trague la luna, de manera que tratan de alejarlo por medio de ruidos y clamoreos. El astrónomo francés Janssen tuvo ocasión de observar que los todas de la India se imaginaban ver el sol en la garganta de un monstruo durante un eclipse. Es asimismo notable la superstición de los días fastos y de los nefastos (el miércoles y jueves son los días afortunados de los kirguises), de los números buenos, entre los cuales descuella el nueve, y de la impureza de la mujer recién parida, la cual entre los mahometanos y budhistas se purifica colocando encima de su cabeza los libros sagrados.

El hierro ocupa lugar preferente entre las supersticiones de muchos pueblos asiáticos. En la India algunas razas ofrecen en sacrificio puntas de lanza y otros objetos de hierro; éstos se sujetan entre las ramas de árboles sagrados, y luego se les ofrecen sacrificios, que consisten en productos del campo. Así proceden los bhiles y los gondes, cuyos camanes pertenecen comunmente a la corporación de los herreros, hombres medio locos, a quienes se tiene por encantadores; cuando un individuo ha sido víctima de alguna fiera, practican con su cuerpo varias ceremonias para impedir que se convierta en tigre. Casi en toda el Asia central subsiste la creencia de que los herreros conocen los remedios oportunos para curar todas las enfermedades.

Radloff traza un cuadro de la cosmogonía de los turcos paganos del Altai: el Universo consiste en capas superpuestas; las superiores, siete ó nueve, son el cielo, morada de la luz; las inferiores forman el reino de la oscuridad; en medio está la tierra. Encima de todo está la más poderosa de las divinidades: no tiene principio ni fin; es padre y madre de la raza humana, creador y conservador del mundo. Esta divinidad creó al hombre antes que el cielo y la tierra, y voló con él a través del Universo, pero el hombre, mal avenido con su estado, se rebeló, perdió la facultad de volar, cayó en el mar, y la divinidad le salvó haciéndole subir sobre un peñasco. Entonces le mandó que bajase al fondo del mar y sacase tierra, lo que él cumplió. Cometió una nueva desobediencia, guardando en la boca un poco de tierra, y luego, habiéndola escupido, la tierra se transformó en pantanos, la divinidad le maldijo y le puso el nombre de Erlik. Entonces el creador hizo brotar un árbol con nueve ramas, y de cada una de ellas procedió el primer padre de los nueve pueblos que habitan la tierra. Pero Erlik, que trataba de seducir a los hombres, como mal espíritu que era, fué desterrado y condenado a morar en el mundo inferior, y la divinidad concedió a la humanidad un protector llamado Maitere. De las ruinas de un cielo, que Erlik había edificado para sí, y que cayó sobre la tierra, han surgido las montañas y los peñascos. Tengere Kairakán (nombre de la divinidad) habita el cielo décimoséptimo, y desde allí gobierna el Universo. Ha producido tres dioses mayores, los cuales habitan las capas 16, 9 y 7; del mayor nacieron dos hijos, Mayene y Maitere, que habitan la tercera capa y son los protectores de los hombres. Otra divinidad bienhechora es la tierra, venerada con el nombre de Yersu; otra Jo, que mora en el centro de la tierra, cerca del

